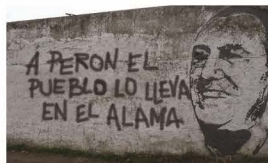




GREEK, DE STEVEN BERKOFF

Palabras,  
con la potencia  
de un arma

Página 3



LUIS SOTO

Consorte  
del álamo

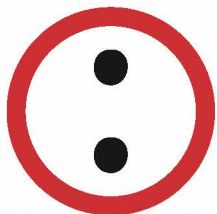
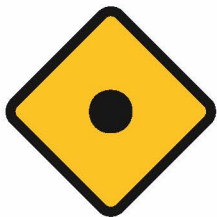
Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 63 | JUEVES 14 DE FEBRERO DE 2013

# Señales

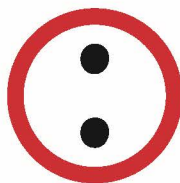


Archivo Histórico de Revistas Argentinas |  
[www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

para el tráfico del lenguaje

El escritor francés Marc Lévy se rebela en su nueva novela, *El pequeño ladrón de sombras*, contra el silencio que provoca una soledad profunda que nace en la niñez y que explica por un cierto pudor masculino. "Si de pronto usted se encontrara por la calle al niño que fue, ¿qué le diría, con la experiencia de haber vivido?", preguntó Lévy a *EFE* sobre su novela, surgida de la contemplación de la escena de un

abuelo sentado junto a su nieto en un parque. "Había un parecido físico entre los dos que era absolutamente increíble. Y el parecido era tal que tenía la impresión de ver al mismo ser humano en dos momentos de su vida", dijo el autor, (Boulogne-Billancourt, Francia, 1961). "Y, ¿es que yo no le estaría orgulloso de lo que usted ha llegado a ser?", continuó el escritor al explicar el germen de esta novela.



# Señales para el tráfico del lenguaje



→ VICENTE BATTISTA

Se cuenta que Aristófanes de Bizancio fue quien en el año 194 a.C. trazó ciertas marcas para la mejor comprensión de un texto. Con el correr de los siglos, esas señales se convertirían en los signos de puntuación, "misteriosos espíritus de cuya presencia sin cuerpo se alimenta el cuerpo del lenguaje." Nacieron hace más de dos mil años, ¿están a punto de morir?

En el año 236 a.C., Ptolomeo III le solicitó a Eratóstenes, matemático, astrónomo y geógrafo griego, que se hiciera cargo de la Biblioteca de Alejandría. Eratóstenes murió a la edad de 80 o de 82 años, no se sabe con certeza, aunque sí se sabe que por entonces había perdido la vista. Los dioses del Olimpo, igual que el Dios de Groussac y de Borges, con magnífica ironía, le dieron los libros y la noche. En el 194 a.C., Eratóstenes convocó a Aristófanes de Bizancio para que se hiciera cargo de la célebre Biblioteca. No se equivocó en la elección: Aristófanes de Bizancio, considerado uno de los primeros filólogos, editó y difundió las obras de Homero, Hesíodo, Eurípides, Aristófanes y Píndaro e incorporó tres tipos de marcas que ayudaría a la mejor lectura de los textos de esos sabios y poetas. Esas marcas de algún modo estaban preanunciando los signos de puntuación: la línea alta indicaba el final de una frase, la media podría vincularse con el punto y coma o los dos puntos, y la baja equivaldría a una coma. Este sistema fue incorporado por los romanos y posteriormente, por medio del latín, se trasladó a las futuras lenguas romances: español, italiano, francés, catalán, portugués, sardo.

Según cuenta en el capítulo III del libro VII de sus "Confesiones", en el año 383 San Agustín llegó a un monasterio situado en los extramuros de Milán, allí conoció al obispo Ambrosio quien "cuando leía sus ojos recorrían las páginas y su corazón entendía su mensaje, pero su voz y su lengua quedaban quietas". No debe

asombrarnos el asombro del santo: era la primera vez que veía a alguien leyendo en silencio. Hasta ese momento, la lectura forzosamente se realizaba en voz alta: el texto plasmado sobre la página carecía de signos de puntuación y las palabras, escritas en mayúscula, estaban unidas entre sí. El párrafo, que a caban de leer, se hubiera visto así:

SANGUSTINENSUSCONFESIO  
NESHABLADELAVISITAQUEEN  
383HZOAMILANDONSESEEN  
CONTRARIACONELONISPOAM  
BROSIOREVELAELASOMBR  
QUEAMBROSIOLEPRODUJO

La ausencia de signos de puntuación, la unión de las palabras y su exclusiva condición de mayúsculas obligaban a una modulación que sólo se conseguía leyendo en voz alta. Leer no era un placer.

No obstante, hubo que esperar hasta mediados del 600 para que unos monjes copistas irlandeses introdujeran, en los textos que reproducían, algunos de los signos de puntuación que actualmente se utilizan. Esos anónimos monjes fueron, además, los primeros en separar sistemáticamente las palabras. Ese modo de escribir se ponía definitivamente en uso a finales del siglo XV. El mérito en esta oportunidad fue de Gutenberg y de su invención de los tipos de imprenta móviles: en 1449 editó *Misal de Constanza*, el primer libro tipográfico del mundo.

Aunque los signos de puntuación ya eran parte de la escritura, aún se los ignoraba en los volúme-

nes de gramática. En la *Gramática de la lengua castellana*, que Antonio de Lebrija publicó en 1492, no se los menciona, circunstancia que no debería inquietar: entonces la puntuación no era obra del autor del texto sino del compositor, con este nombre se conocía a quien en la imprenta armaba los libros letra a letra. Si observamos el capítulo uno de la primera edición del *Quijote* (1615) advertiremos que no tiene un solo punto y aparte. Con el correr de los años se modernizó la caligrafía de aquella primera edición, pero hubo que esperar un cuarto de siglo —la edición que en 1862 realizó Juan Eugenio de Hartzenbusch— para que la obra se dividiera en párrafos.

Esa supuesta indiferencia hacia los signos de puntuación parece no coincidir con una anécdota atribuida al rey Carlos V que tiene a una humilde coma por protagonista. En 1530 Carlos V era el monarca de un inmenso territorio que abarcaba casi la totalidad de Europa. La leyenda dice que le entregaron para su firma una sentencia de muerte que se leía así: "Perdón imposible, que cumpla su condena". El rey se dio cuenta magnánimo, por lo que antes de firmar la sentencia como leyema: "Perdón, imposible que cumpla su condena". Gracias a ese mínimo movimiento, el infeliz condenado salvó su vida.

Seguramente esta historia no es cierta, pero sí es cierto que comenzaron a establecerse normativas con respecto al uso correcto de los signos de puntuación. Normativas que, como sucede cada vez que se establece una regla, se rompieron de inmediato. Fue T.W. Adorno quien en un texto

memorable puso las cosas en su lugar y los definió con cristalina exactitud: "¿No parece el signo de exclamación un índice amenazadoramente erguido? ¿No son los signos de interrogación como luces intermitentes o como una caída de párpados? Los dos puntos abren la boca: ¿Ay del escritor que no sepa saciarla! El punto y coma recuerda ópticamente unos bigotes colgando. Las comillas se pasan la lengua por los labios, tonitruas y satisfechas. Todas son señales del tráfico; en última instancia, éstas son imitaciones de aquellas. Los signos de exclamación son el rojo, los dos puntos el verde, los guiones dan orden de stop. Fue un error basarse en eso para confundirlos con signos de comunicación. Más bien son signos de dicción o de elocución; no están al servicio del tráfico del lenguaje con el lector, sino que sirven jeróglificamente a un tráfico que se desarrolla en el interior del lenguaje, en sus propias vías por eso es superfluo aborrazlos por superfluos; pues con ello no se consigue más que se disimulen. Todo texto, incluso el más densamente tejido, los cita sin más; misteriosos espíritus de cuya presencia sin cuerpo se alimenta el cuerpo del lenguaje."

He advertido que en los tuits suele prescindirse de los signos, tal vez como consecuencia de la prisa que esa escritura exige. También descubrí que se leen desensolvidos, como, sospecho, se leían los papiros. ¿Estaremos regresando a aquellos tiempos en que no existían los signos de puntuación y tampoco los libros?

El escritor mexicano Yuri Herrera, acaso uno de los mejores narradores latinoamericanos de su generación, ya tiene a *La transmigración de los cuerpos*, su nueva novela, en las librerías latinoamericanas, aunque habrá que esperar un par de meses para compartirla en la Argentina. El libro, publicado por Periferia, trata de una epidemia que paraliza a un país y promueve, a la vez y por azar, el encuentro entre una mujer

deseada. Las tres veces rubia, y un hombre que desea. El Alfaqueque, que además cuenta con poderes chamánicos. Herrera retorna a ciertos procedimientos como mezcla con pericia, el nomadismo, los metamorfosis, los paisajes desolados, industriales, los personajes a los que se accede en clave de sexo o de muerte, la falta de agua... que desatará una trama que ya se está haciendo desear



# Greek, de Steven Berkoff

## Palabras con la potencia de un arma



OSVALDO QUIROGA

El reestreno de *Greek*, la obra de Steven Berkoff en el Centro de la Cooperación, de la ciudad de Buenos Aires, nos permite reflexionar sobre un autor contemporáneo de fuerte tono dramático. Se trata de una versión de Rafael Spregelburg con admirables interpretaciones de Ingrid Pelicori, Roxana Berco, Horacio Roca y Martín Urbaneja.

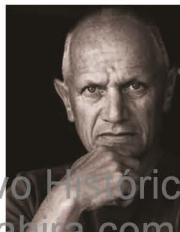
El texto, de enorme potencia, sitúa el mito de Edipo en el corazón de Londres. Berkoff rescribe *Edipo Rey* de Sófocles toma partido por el amor incestuoso frente a un mundo que se derrumba. La acción transcurre en la década del 80 y la peste, para el autor inglés, más que el vínculo del hijo con su madre es la violencia cotidiana, expuesta a través del fútbol, los odios raciales, la especulación económica, la explotación laboral y la pérdida de contacto de unos con otros.

El desafío de la dirección, a cargo de Analía Freda García, ha sido complejo ya desde la lectura de la obra. No es tarea sencilla, por ejemplo, encontrar el ritmo que Berkoff le imprime a los pasajes de sus obras escritas en verso. Como no lo es, tampoco, ingresar en su poética y analizar su desmesurada carga de violencia, sus imperiosos y sus golpes bajos: "Te voy a descuartizar, te voy a arrancar los brazos y las piernas y te voy a tirar a los cerdos", dice uno de los personajes en *Greek*. Y el otro responde: "Te voy a patear hasta matarte y voy a saltarte encima, te voy a acibillar con la cuchilla y despellejarte en vida".

Esa virulencia que Berkoff le impone al lenguaje se hace visible también en las alusiones a diversas prácticas sexuales que apare-



GREEK. LA POTENTE OBRA DE STEVEN BERKOFF (ABAJO), EN VERSIÓN DE RAFAEL SPREGELBURG Y DIRIGIDA POR ANALÍA FREDA GARCÍA.



cen tanto en *Decadencia* como en *Greek*, y que citarlas fuera de contexto no sería más que destacar cierto mal gusto que sólo es comprensible en el marco dramático de cada una de las piezas.

Lo que pretende Berkoff en sus obras es crear un teatro cuyas palabras tengan la potencia de un arma. La forma en que aparecen retratadas las clases dirigentes en *Decadencia*, otro de sus grandes textos, no deja lugar a dudas acerca de la mirada del autor sobre quienes representan los altos estamentos de la sociedad británica. Y si en *Greek* Berkoff retoma el lenguaje de la tragedia clásica y se apropia del *Edipo* de Sófocles, lo hace con la única intención de referirse a lo que él llama "la pes-

te británica" y sus consecuencias sobre la subjetividad de los habitantes del Reino Unido. La violencia de la "buena educación" puede ser más devastadora que cualquier otra.

Las criaturas de Steven Berkoff se relacionan con el mundo a través del resentimiento, del odio y del desprecio al semejante. Y en un planeta cada vez menos hospitalario, donde el crimen de Berkoff no hace otra cosa que reflexionar sobre el estado de las almas en una época sombría. En ese sentido lo que el hombre padece en el teatro es apenas un reflejo de lo que percibe en la propia cotidianidad.

El público quiere evitar en carne propia los padecimientos de los personajes, pero también intuye que en algún recodo del camino puede encontrarse con ellos o, lo que es más inquietante, ac-

tuar de manera similar a cómo lo hacen desde el escenario esas criaturas construidas con "la materia de los sueños".

El otro grande de la escena inglesa contemporánea es el premio Nobel Harold Pinter. El autor de *El montaplatos* mantiene, como Steven Berkoff, una mirada crítica y sombría a la vez sobre la condición humana. Nacidos con apenas siete años de diferencia, Pinter es del 30 y Berkoff del 37, ambos han consagrado sus vidas a poner al descubierto las contradicciones de la sociedad inglesa, sus pliegues menos visibles y el paulatino enraizamiento de los vínculos humanos a medida que avanzaba el siglo pasado e ingresábamos en el nuevo milenio.



## CON LA PARTICIPACIÓN DE 30 PAÍSES, ARRANCA FERIA DEL LIBRO DE LA HABANA

Cuatro millones de libros y casi 400 escritores y artistas invitados de más de 30 de países ofrecerá la tradicional Feria del Libro de La Habana, que abrirá sus puertas hoy con una programación centrada este año en la ficción. La XXII Feria Internacional del Libro de La Habana, uno de los eventos culturales emblemáticos de la isla, se celebrará desde el 14 hasta el 24 de febrero. El evento, en el que el reconocido

escritor Leonardo Padura recibirá el Premio Nacional de Literatura, contará en esta edición con numerosas obras de ficción, muchas de ellas reediciones de libros publicados en los últimos años en la mayor de las Antillas. La edición de este año está dedicada a Angola y rinde homenaje al escritor uruguayo Daniel Chavarría, residente desde hace años en la isla, y al historiador cubano Pedro Pablo Rodríguez.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 14 DE FEBRERO DE 2013

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



### CONTRATAPA

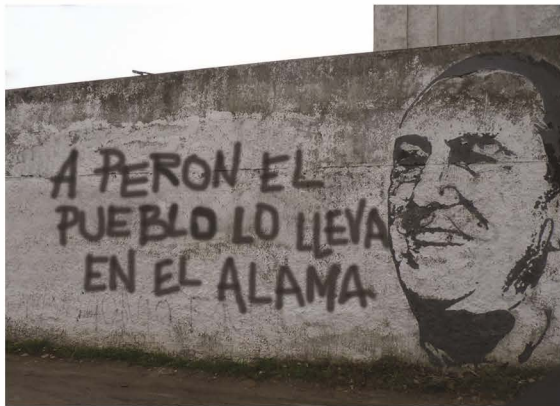
→ LUIS SOTO

# Consorte del álamo

Salvo los ocho años que trascurrieron entre combates desiguales: el de Ezeiza y los de las Malvinas—tiempo en que la represión terrorista de la dictadura hizo que disminuyeron las manifestaciones públicas—, los muros de Buenos Aires nunca dejaron de expresar sus esperanzas, su dolor, su sentir.

Enriquece prestar atención a los mensajes, casi siempre anónimos, que a veces son gritos y otras (como sugería Mase Ingmar) susurros. Retumban los desafíos agresivos que, sobando el absurdo, se prodigan los hinchas futboleros: vos-cuervo-que-no-fecundás-a-tu-cuerva, calle-te-quemo-estéril (no suena mal asociar a Vallejo con el ejercicio ilegal de figuras lacanianas). Conmueve la proclama de un amor de barrio: un-solo-beso-que-nunca-podrás-olvidar. Aburre la falta de creatividad de las campañas políticas a cargo de profesionales de la brocha que firman (por ejemplo “Monos con navaja”) la simple escritura de un apellido para acreditar la autoría (y cobrar, claro). Sin embargo, cada pintura invita a imaginar historias que echan a vivir mirones ocultos a los ojos del imprescindible espectador. Cada cartelón es muricío (¿o fétretro?) de una ficción que en este caso bordea lo grotesco.

Una tarde de junio de hace unos cuantos años me acompañaba un amigo que debía tramitar la Verificación del Automotor (la burocracia demanda iniciales mayúsculas) en Barracas. Con el propietario se hundió en el laboratorio oficioso y yo decidí viajar por esas calles en la que, por décadas antes había sabido vagar entre tragos cuerosos rotos todavía tibios de tan frescos, junto a Héctor Virel Temperley, Carlos Begue, Jorge Onetti. Lo mejor es dejarse llevar como si la caminata consistiera en bailar un tango y uno fuera improvisando pasos desconocidos hasta unos segundos antes de dibujarlos sobre la ve-



reda de baldosas desparejas.

De pronto uno desembocó en un pasaje flanqueado por un paredón queiba, sin cortes, puertas, ni ventanitas, de una esquina a la siguiente. Con caracteres enormes, y dando notorias muestras de su añoranza, una pintada rezaba: “a Perón el pueblo lo lleva en el álamo”. Sorprendió el texto y costaba entender el error y sobre todo el descuido de no cumplir con la simple, elemental corrección: aplicar el garrote vil a la “a” del medio. Uno saboreó la hondura del decir tanguero y se sintió conmovido a la vez. Si supieras, que aún dentro de mi álamo (convengamos que el álamo es muricío). Uno se hundió y se prolongó la sorpresa y fueron creciendo las ganas de confesar, siempre cumparsteando: “...consérvete aquí carino, que tiene para tí”. Voces de tango que

no cuestionan una incursión en el universo del valsecito, banderado inquestionable el eterno “Desde el álamo”. Que el impío “Gato” Carbone retiró “Desde el asma”. “Pagar con penas/ la culpa de ser buena/ tan buena como fuiste/ por amor”, había versado Rosita Melo. “A esa mina la bondad no le permitía respirar, tosía la pobre, era asmática, lástima que en aquella época no se hubieran inventado el aparato, ahí abría la boca: shajji, shajji, y minga de ahogo”, decía Carbone.

Volviendo a hallazgo, lo bien que sonó “álamo” a una iglesia con virales de alabastro en los labios, de un sacerdote ortodoxo voz de bajo. “Preservar el álamo es la misión, hermanos”, y ahí, seca sacudida del incensario. Un chaparrón de fantasías cayó sobre el desierto pasaje de Barracas. Una: ¿por qué no propiciar ante la Real Academia que dé validez a álamo y, en trueque, que al árbol de la familia de las salicáceas, tozudo que se niega a parir peras, se le asigne el nombre de almo? Se-

gunda: alma no puede renunciar a ninguna de sus letras. Se reduciría a ama, mal, o ala. Esta última sería la alternativa más portable en la medida que insinúa la idea de vuelo. Álamo tampoco soporta cortes. Eliminando las consonantes resucitarían las tres vocales que unidas causaron históricos estragos. Otras fantasías. Con álamo, pierdes solemnidad el clásico uso de alma. Esa manía de caer en el vulgar no-hay-un-álamo. Sece teatral que desmiente la sola presencia de una ardilla, un nispero, un cacho de adonjuí o el ya imprescindible relleno. Si alguien osara decir no-hay-un-álamo, de inmediato surgiría la réplica del turno casual, en tono de retruque sámetese: ¿ah, sí, ché?; o no-me-diga-Cafferra. Última: aún produce cierto efecto la acusación de “desalmado”. Uno piensa en falta de integridad mo-

ral o ética y tiende a visualizar el insulto con imágenes deshumanizadas: una calavera encabezando un esqueleto, nada de pelo, ojo, lengua, ni un grano de carne. En cambio el ingreso de la “a” en desalmado se limita a sugerir la rotura o el extravío de un órgano, o que el acusado se ha puesto una pilcha cosa o arrugada. No más que eso. Y abundan las soluciones: compra de prótesis, inmersión de los pantalones entre las aspas del varropas, y a seguir remando. Al margen de tales ponencias mete cierta inquietud ir más allá del carino en consérvete. Nada de travelling al cotorro abandonado y el perrito compañero que por tu ausencia no dormía. En un rincón de la sala, de batón y pantuflas de abrigo, Rosita Melo pedalea una singer, pagando con noria la culpa de ser buena (deuda que jamás se amortiza, ni prescribe).

Concluido el viro evocativo, a las 12 menos 5 y uno se encontró ante el bodegón “Soles del Riachuelo”, paredes de todos colores en un brote (fallido) de quincequismo. En una pintada en la vidriera del tronco ofrecía: “puche de faldá, 9,90”. Ciudadano fiel a los resabios de la realidad tanguera de los míticos 40, había que ser maula para no abrazarse a semejante “sale”. A la heroína de “Desde el asma” la habría salvado el aparato. Para uno hubiera sido útil un celular, entonces todavía portado por escasos sujetos, para avisar al amigo en estado de vulnerabilidad que lo iba a esperar en una mesa del comedor recién descubierta. Siéntese, Rosita, podemos picar unas rodajas de cantimplano pasado vuelta y vuelta por la plancha. Vino de la casa, sí. Fíjese en la camisa del mozo: a la altura del cuello se ve una “a” colgando del bolsito rojo. Sobre, pero como sabe que ya viene El General, no quiere sac los pies del plato. ¿Sabe qué, Rosita? Hay que volver a inventar los días más felices huragando el caraci.